

# Homenaje a

León Felipe

UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

# LA PAJARA PINTA

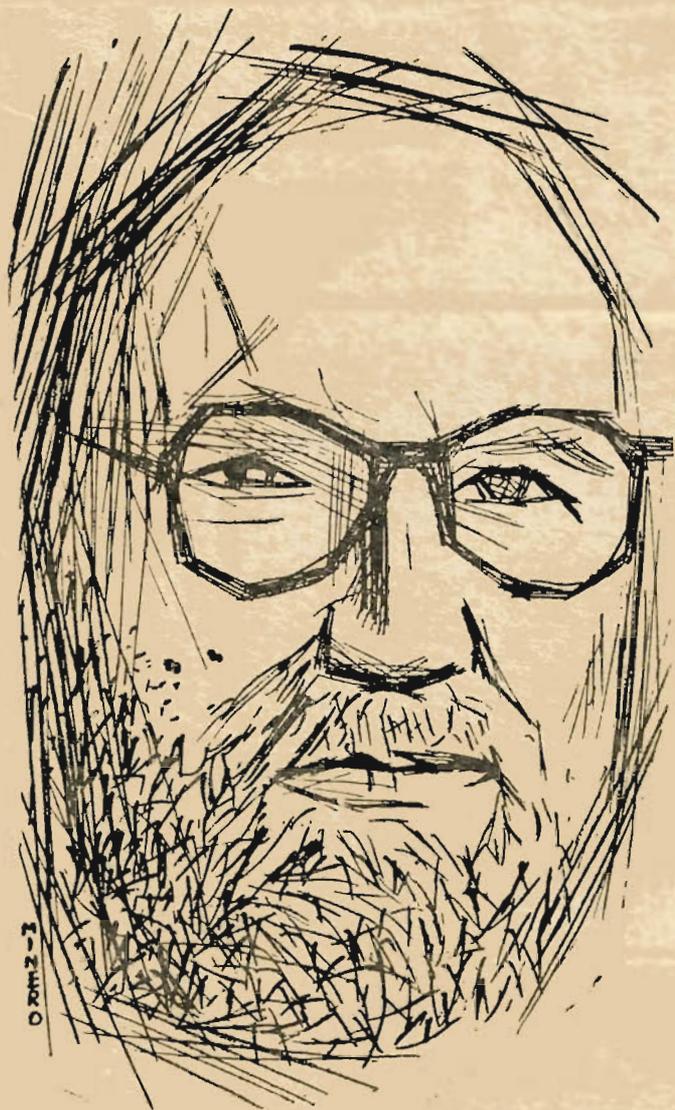
PUBLICACION DE EDITORIAL UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

Año III

San Salvador, El Salvador, Septiembre de 1968

No. 33



Ha muerto León Felipe y no se me ocurre nada nuevo que decir acerca de su vida y obra: Cuando cumplió ochenta años, en 1964, me acerque a él con el propósito de hacerle una entrevista. El resultado fue un diálogo invadido por la tristeza, la desesperanza y el presagio de la muerte. Después, León Felipe recobró la confianza en sí mismo, en la vida y en la poesía. Así, de estas circunstancias, surge su último libro de poemas. *¡Oh, este viejo y roto violín!* (1966). Como homenaje a su memoria, transcribo esta entrevista.

A finales de los años cuarenta, llegó a mis manos un libro hermoso, (hermoso por fuera y por dentro), el *Canto a mí mismo* de Walt Whitman. A partir de "Habla el prólogo", cantado por el mismo traductor, supe de la existencia de León Felipe, poeta tan poeta como el propio Walt Whitman. La voz del poeta de Long Island y la voz del poeta de Castilla me parecieron como dos versos consonantes, tal para cual. Iguales en el tono y en la atmósfera, en los propósitos y en los procedimientos. Iguales por iguales, de la misma estirpe. Uno y otro me remontaron a una de sus fuentes, a la Biblia.

Después supe de dónde era, qué había hecho. Dicen los libros que nació en Tábara

(Zamora, España) el 11 de abril de 1184. Dicen que su primer libro, que apareció en 1920, se llama *Versos y oraciones del caminante*. Dicen que existe un segundo libro de este título, publicado en 1929. Citan más obras: *Drop a star* (1933), *Vendrá una espada de luz* (1933), *La insignia* (1937), *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña* (1938), *El hacha* (1939), *Español del éxodo y del llanto* (1939), *El gran responsable* (1940), *Los lagartos* (1941), *Ganarás la luz* (1942), *Llamadme publicano* (1950), *El ciervo* (1953), *Cuatro poemas con epigrafe y colofón* (1968). *¿Qué se hizo el rey don Juan?* (1962).

Por supuesto que citan otros libros: obras de teatro, traducciones, paráfrasis. Mi conocimiento de su obra es incompleta. Conozco los poemas que registran su gran vivencia terrible que culminó en el éxodo y el llanto: sus poemas de la guerra civil española y, también esas oraciones en apariciones blasfemas y en el fondo únicamente rebeldes, democráticas (le hablan a Dios de tú a tú), ásperas, cristianas, sin Cristo (dudo: cristianas con Cristo, con Cristo encarnado en el dolor de cada hombre) paganas pero con olor a bautismo. Conozco su *Antología rota* (1947); me he asomado a sus *Obras completas* publicadas por Losada, en Buenos Aires, el año 1963. Lo conozco en per-

sona: lo he visto envejecer (del cincuenta y tres a ahora), perder la alegría, acrecentar la nostalgia, enviudar y desposarse con el desgaño de vivir y la negación de sí mismo, lo he visto en la calle (de bastón, saco de pana, sombrero y unas barbas entre silvestres y labranías), en el café rodeado de apóstoles, representando incrédulo el papel de Mesías. Nunca lo he visto en su casa. O sea, somos amigos más o menos de lejos, más o menos de cerca. Cuando conversamos, él platica y yo lo escucho.

De nuevo lo ví en el café con sus ochenta años encima. Sus amigos son los de siempre: fieles, solícitos pero nunca inoportunos. Cada uno dentro de sí mismo. Si conversa, conversan. Si calla, respetan su silencio. Son sus contertulios, sus camaradas, sus guardianes, su verdadera familia. Están con él y podrían estar lejos. León permanece callado, está como ausente. Me siento a su lado. Con esfuerzo, habla de amigos comunes. Sé que va a España,

## Llamadme

y no se lo pregunto. Espero que él me lo diga. Lentamente, y tras un silencio sin dimensiones, me dice:

—No como, no duermo, no leo, no escribo: estoy de más en el mundo. La ciudad que antes conocía, hoy no la conozco. Me siento como un extranjero. Si camino, me extravió. Si permanezco solo, me olvido de que existo. Vengo aquí por costumbre, a aburrir a mis amigos. Estoy en todas partes y no estoy en ninguna. No puedo hilar las ideas, concentrarme. Siento ganas de desaparecer, de saber qué hay más allá. Olvídense de mí, de mis versos, de lo que he hecho. Soy una sombra, un silencio. Un hombre viejo, acabado.

—León, vengo a verlo. A conversar si quiere conversar, o a callarnos si quiere que permanezcamos en silencio.

Y el silencio se hizo. Y se hizo pesado, denso, interminable.

—Carlitos Arruza —me dijo— me ha pagado el pasaje de ida y vuelta: Voy y regreso. Quiero ver lo que fui. Ver el campo, llegar a la iglesia y que me enseñen mi acta de bautizo. Ver y callar. Volver a morir a México. Ver a mi familia, a mi hermana. Ellos, mis parientes, viven en el lujo, en palacios. Yo siempre he vivido en la miseria, de la ayuda de los demás. Voy a ver y a callar.

—¿Y si le preguntan?

—No me hable. No quiero que me vean. No quiero ir a la radio ni a la televisión, no quiero aparecer en periódicos. Voy porque tengo que ir, porque necesito ir, porque quiero ver. Si soy de alguna parte le aseguro que

no soy de allá. Antes mi patria era el mundo, ahora ya no tengo mundo, ya no tengo nada.

León se pasa la mano por la cabeza. Bebe un sorbo de agua con naranja. Busca los cigarrillos, y un amigo le ofrece y le prende uno.

—No quiero que vaya a mi casa, que me haga preguntas. No quiero saber de nada. No puedo pensar, no puedo hablar: estoy de más en el mundo.

—Sin papel y sin lápiz, León, estoy aquí para oírlo, para interrumpirlo.

—Me siento viejo, acabado. No creo en la poesía ni en mi poesía. Nunca he hecho nada que pueda sobrevivirme. Nunca he escrito un poema que pueda resistir el paso del tiempo. En mis versos traté de formular preguntas y, quizá, de resolverlas. No lo he conseguido. Me muevo entre sombras, entre fantasmas. Cada vez estoy más aturdido.

—¿Le atormenta el más allá?

—Si y no. Y no lo escriba porque lo aprovecharían los curas. Me importa saber que hay después de la vida. No puedo creer que aquí se acabe todo. Sería una broma estúpida. Soy un cristiano sin Dios, un materialista sin profeta.

—Se ha dicho que usted es un anarquista.

—Los anarquistas aprovecharon uno de mis poemas, nada más. No soy anarquista, ni socialista, ni comunista, ni republicano, ni franquista. No soy nada y no soy nadie. Estoy de más en el mundo. Estoy aquí, y ya ve cómo estoy.

—León, hablemos de su poesía.

*Y ahora parece que éste era sólo mi destino:  
cantar, rezar, gritar, llorar, blasfemar...*

*Y con una voz de publicano,*

*con una voz de energúmeno,*

*con una voz parda, rota, agria, irritante...*

*¿Y tengo que dejar todo esto escrito aquí?*

*Lo dejaré como un pecador que escribe sus pecados*

*y se los dice a su hermano avergonzado.*

*Tal vez todo no sea más que un examen de conciencia*

*para hacer una buena confesión.*

*¡Pero si Dios lo sabe todo!*

*Mas yo debo pensar que Dios no sabe nada.*

*Y alguien hay en el mundo que no sabe que yo fui un pobre hombre que apenas pudo hablar.*

*¡Ah, si hubiese podido hablar!*

*Si ahora pudiese decir sencillamente...*

*si pudiese empezar otra vez calladamente diciendo:*

*Yo me confieso, señor...*

*Ten misericordia de mí.*

—León, ¿en qué cree usted ahora?

—Creo en las lágrimas, en el poder del llanto. Es éste el llanto, la única arma del hombre para luchar con Dios. Yo no creo en Dios; creo, en el hombre, en el hombre derrotado, crucificado, sin redención. Arriba de mi cama tengo una cruz, una cruz sin Cristo,

ahora que prefiero el silencio, ya no escribo poemas.

—¿Qué es usted entonces?

—Quién sabe. Le aseguro que no lo sé. Hace años, mis amigos, después de mucho pensarlo, dijeron que yo era poeta. Y desde entonces publiqué versos, y mal comí de ellos. En ese sentido sí soy poeta.

—¿No será usted un hombre modesto?

—De ninguna manera. Digo que no soy poeta porque me pierde el orgullo. Quién no quisiera escribir grandes poemas, Mi modestia es conciencia.

—Algunos críticos han dicho que el tono habitual de sus versos es la blasfemia, ¿está usted de acuerdo?

—Por qué en lugar de blasfemia no dicen oración. Estarían en lo justo. Mis versos son oraciones que nacen de la impotencia y tal vez por ello los confunden con las blasfemias. Le repito, creo en el hombre, creo en su pequeñez, en su inutilidad. Y porque creo en sus limitaciones, me sublevo, grito, pierdo la compostura. Eso es todo. Decir lo contrario es casi decir una mentira. Y el hombre no vale por sus mentiras, sino por sus verdades.

Una vez más el silencio se hizo en la mesa. León estaba allí y quizá, ya no estaba con nosotros. Con voz delgada, remota, me dijo:

—Nos veremos a mi regreso.

Entretanto esto sucede doy vueltas al epígrafe de uno de sus libros. *Ganarás la luz:* "No en la primera sino en la última página de la crónica es donde está escrito el nombre verdadero del héroe, y no al comenzar sino al acabar la jornada, es cuando acaso pueda decir el hombre cómo se llama". Desde ahora él puede decir a sus amigos, *llamadme León Felipe*. Y sus amigos, sin consultárselo, le llamarán poeta, el poeta del hombre, del hombre que nace, crece y si es poeta no se extingue.

(Tomado de "Excelsior", México.)

## León Felipe

—¿Cuál poesía? ¿La mía? Yo le pregunto, ¿cuál poesía? Yo nunca he escrito un poema que me satisfaga. Quizá, y esto está por ver, el último poema de mis obras completas. Creo que no es malo. En él estoy yo de cuerpo entero.

*He llegado al final...*

*¿Quién me ha traído hasta aquí...*

*y por qué me han traído hasta aquí?*

*Yo no quería cantar...*

una cruz en la que pueden caer todos los hombres. Mi propia cruz. Creo también en la luz, en la luz que siendo tan luz nos ciega, o por lo menos nos deslumbra.

—Acotemos el campo, usted es el lenguaje español, un poeta distinto, sin descendencia.

—No me parezco a ningún poeta, y no lo tome como fanfarronería. No me parezco a nadie porque no soy poeta. Yo grito: los demás, cantan. Yo soy como el pueblo, escribí poemas porque no pude quedarme callado. Y



# ¡Oh, El Barro, El Barro!

¡Oh, el barro, el barro!

—¿Y si le llamásemos arcilla?

—¿Cómo?

—Arcilla.

—¿No es lo mismo arcilla que barro?

—Sí... pero suena mejor arcilla.

Y así, en femenino, parece otra cosa.

¡Arcilla!... Se piensa en la mujer

en una doncella mancillada...

en la novia del viento...

¡Oh pobre novia violada por el viento!

De aquí nació el hombre...

(Así lo cuenta Génesis)

de la cópula oscura de la Arcilla y el viento

¡Y qué horrible fue aquello!...

¡¡El Gran aborto!!

—Cállate, No hables así.

—Pero... si lo sabe todo el mundo...

—¿Qué es lo que sabe todo el mundo?

—Que el hombre está mal hecho...

Que es una catástrofe,

un fracaso... un aborto...

¡¡El Gran aborto!!

—¿Por qué se sabe?

¿Cómo se sabe?

¿Quién lo ha dicho?

¿Lo ha dicho el gran partero de la creación?...

¿Lo ha dicho la comadrona principal?

—¡No!

Lo han dicho los pájaros y el ciervo.

\*\*\*

Eseucha...

Eseucha ese ruido de alas rotas...

¿de dónde viene esa mirada?

¡Oh, el hombre, el hombre!

Y esa mirada de candor y de súplica...

¿de dónde viene esa mirada?

Y ¿quién ha roto esas alas?...

¿quién ha cegado esa mirada?...

¡Oh, el hombre, el hombre!

Y ¿ese grito?

¿No es el grito de la inocencia asesinada?

Y ¿quién es el asesino?

¡Oh, el hombre, el hombre!

\*\*\*

Luego el amor... ese ángel blanco y candoroso

escondido, prisionero de pronto, al apuntar el alba

en el oscuro calabozo del sexo...

¿Por qué ha ocurrido esto?

¿Cómo ha podido suceder este hecho monstruoso y

criminal?

El ángel del amor con sus sueños infantiles

y sus alas en glorioso vuelo hacia la luz...

hacia su origen...

de repente, ahorrado, impotente y sin defensa,

hundido en esta poza blanda y viscosa y sucia

del sexo

llena de sabandijas y yerbajos.

¿Por qué ha de ser así?

¿No había otra manera?

\*\*\*

Pobre amor enloquecido y sin salida

en esta celda tenebrosa

sin llaves para abrir la puerta,

sin herramientas,

sin ganzúa —las gubias embotadas...

Pobre amor, atrapado aquí, como una rata,

sin poder escaparse,

sin nadie que le ayude.

¿Cómo se abre este cepo?

¿Cuál es su mecanismo?

¡Trampas... trampas... trampas!

y el carcelero y el juez

hablando de la libertad.

Pero... ¿quién es el carcelero,

cómo se llama el juez

y qué es la libertad?

¡Oh, el hombre, el hombre... —¡animal de libertad!

Mirale ahí, prisionero, en el arranque,

en la raíz misma de su amor.

\*\*\*

Y allí junto, junto al oscuro calabozo

el socavón excremental

por donde dicen que puede entrar también el arco iris...

Sí, sí... Yo lo dije una vez...

¿Cuándo lo dije?

¿Cómo lo dije?... Dije:

"¡Se ha vuelto loco el espectro!"

¡Oh, el hombre, el hombre... tan elegante el hombre!

con su rosa de estiércol en el ojal de la solapa.

Y las canciones infantiles...

el sueño de las vírgenes...

la voz del adolescente...

¿por qué las estrangulan?

Y ¿quién las estrangula?

¿Así tiene que ser?

Y ¿por qué ha de ser así?

¿No había otra manera?...

Ésa voz,

la voz del adolescente,

esa voz...

¿Por qué no es la voz del hombre?

¿Por qué no puede hablar el hombre como un ángel?

Yo no entiendo...

¿Tú entiendes?

Yo quería decir que el hombre está mal hecho...

¿Tú qué dices?...

Y a veces le veo muy sucio...

hundido en una poza muy negra.

Y otras veces se me pierde en una nube muy blanca

y no la puedo seguir...

¿Tú qué dices?...

\*\*\*

—Pero... ¿Todo en el hombre está mal hecho?

¿Y el cerebro matemático?...

Existe el hombre matemático.

—Oh, sí... el hombre matemático.—

Quiero hablar del pedante y sabihondo matemático.

Mirale ahí en su aséptico trono de aluminio y de cristal

—¡Quieto... no le interrumpas!—

está inventando números,

átomos,

kilómetros para llegar a la Luna.

distancias infinitas

velocidades enloquecidas...

años luz... siglos luz...

Luz... luz... luz...

Pero... ¿de qué luz habla usted?

¿De qué luz habla Ud., señor profesor?

¡No hay luz!...

no hay luz...

no hay luz...!

La Tierra es un planeta tenebroso,

el Sol sale más bizzo y más torcido cada día,

yo estoy completamente ciego

y el espectro... es homosexual...

¡Siete veces homosexual!

\*\*\*

¡No hay luz!

¡Oh, el divorcio lascivo

de la arcilla y el viento!

\*\*\*

¿Cuál es la fórmula de la luz?

A ver: haga Ud. cálculos, señor profesor...

Le espero... El profesor calcula... El poeta espera.

Al fin: el profesor concluye, y el poeta dice

Muy mal, muy mal, señor profesor

Esto no es la fórmula de la luz.

Se ha olvidado Ud. de estos factores:

de la inocencia,

de la libertad,

del amor,

del sueño de las vírgenes,

del vuelo de los pájaros,

de la mirada de los ciervos,

de la voz del adolescente...

Y sin estos factores, sin estos datos, sin estos milagros

que ha olvidado Ud.

y que a veces ocurren en el mundo... —rauda,

rápidamente,

en un temblor misterioso de relámpago...

nada más que para que sepamos que existen... —

Sin estos milagros, que no están en su fórmula

no llegará Ud. nunca

a la justa definición de la luz.

"La luz..."—

fíjese Ud. bien, señor profesor—

"la luz es la mirada de Dios —mística y poética—

donde viven (eternamente, siempre, siempre)

la aurora, el ángel y los sueños".

\*\*\*

Lo que Ud. enseña es la fórmula de la catástrofe,

del fracaso,

del aborto...

¡Oh, el hombre, el hombre!

¡esa cosa mal hecha

nacida de la cópula oscura de la arcilla y el viento!...

—Y... ¿quién tuvo la culpa?

¿La arcilla o el viento?...

—Oh, no, La arcilla no...

La arcilla es dúctil, humilde, paciente...

Mírala ahí como se ofrece, llena de esperanza,

en la mano del alfarero,

del escultor,

del soplo genésico de Dios,

a la bárbara caricia del viento.

Ella tiene fe... ¡Sueña!

Sueña: "Tal vez un día, tal vez un buen día

salga de mí algo"

"que pueda caminar orgulloso bajo el sol,

"Hasta ahora... todo ha habido que romperlo,

"¿Cuántas veces me han hecho,

"deshecho,

"rehecho...

"y cuántas tendrán que hacerme todavía...

"deshacerme

"rehacerme de nuevo...

"una y otra vez,

"una y otra vez...

"una y otra vez..."

"¡Hasta cuándo, Señor!..."

"Hasta ahora... todo han sido abortos,

"¿bien lo sé!

"¡Lo sabe todo el Mundo! ¡qué vergüenza!

\*\*\*

Y la arcilla —¡pobre arcilla!

se ablanda

se humedece...

llora...

y mientras el viento

huye como un ladrón

Ella sueña,

Sueña como la esposa abandonada...

y la Tierra... es un ídolo maldito. (\*)

México 30—V—1967.

(\*) Génesis 3:17. "Maldita sea la Tierra por tu causa".

LEON FELIPE

2 Notas de  
ROBERTO ARMIJO

ANTONIO CISNEROS,  
premio poesía 1963, CA-  
SA DE LAS AMERICAS,  
102 páginas, La Habana,  
Cuba.

El Certamen de la Casa de las Américas es el Concurso actualmente más prestigioso de hispanoamérica. La categoría de los escritores y poetas que han obtenido tan honroso galardón, se aquilata en la calidad de las diversas obras premiadas que, van desde la poesía, cuento, novela y teatro, hasta el ensayo. Gracias a las pulcras publicaciones de los libros premiados, podemos pulsar las altas aportaciones que este Certamen está realizando en pro de las letras de habla castellana.

En esta ocasión tenemos el agrado de referirnos a la obra del joven poeta peruano Antonio Cisneros, que obtuviera el galardón de 1963, con su libro CANTO CEREMONIAL CONTRA UN OSO HORMIGUERO. Los jurados que examinarán los doscientos y tantos originales, y se decidieran a premiar este poemario de Cisneros, fueron los poetas León de Greiff, Juvencio Valle, Jorge Enrique Adoum, Claribel Alegria y Fayad Jamís, todos ellos reconocidos valores de la poesía latinoamericana.

La curiosidad por conocer el libro de Cisneros la teníamos desde el momento de darnos cuenta que había triunfado por el voto

unánime del jurado, y por el sortilegio que despertaba el título de la obra. Al analizar las 19 composiciones de la obra, advertimos en línea general que, Cisneros maneja con soltura un verso rico en posibilidades rítmicas externas, y que juega con imágenes sugerentes muy personales, que tornan sus poemas bastante atractivos. El tono de la mejor corriente lírica de la actualidad aflora en los giros expresivos del poeta. La relectura de Canto Ceremonial Contra un Oso Hormiguero, después del natural deslumbramiento de algunos poemas, nos dio un juicio que nos permite situar el libro, como un testimonio de hermosa poesía, eficaz y excelente hasta cierto punto. Sin embargo, fuera de un poema excepcional, que es Crónica de Chapi, 1965, corroboramos que, los demás no llegan a la categoría de la excelencia. Karl Marx, construido con inteligencia y muy ambicioso, se vuelve oscuro por alusiones conceptuales que el poeta no maneja con el tiento lírico que debería haberles transfigurado en toque mágico, se quedan planeando los fríos ritmos externos de la pala-

bra. El siguiente poema, con el que se titula el libro, no aporta sustancialmente nada. Es pura alfarería formal. Insinuación obsena sin ninguna trascendencia. Crónica de Lima, satisface a medias,

por la expresión indirecta de reflejar el paisaje urbano de la ciudad. El cuadro y ubicación de la capital del Perú, adquieren sugestión por el aire evocativo recargado de insinuaciones poéticas:

“Y esta memoria —flexible como un puente de barcos— que me amarra  
a las cosas que hice  
y a las infinitas cosas que no hice,  
a mi buena o mala leche, a mis olvidos.  
Qué se ganó o perdió entre  
estas aguas”.

El Cementerio de Vilcashuaman me parece un poema bueno. El autor ha sabido crear una atmósfera que insinúa con precisión poética la condición telúrica de ese cementerio rural, donde los ancestros se encuentran en comunicación con el vasto domi-

nio de la tierra y del paisaje cósmico. Sus huesos están unidos a la naturaleza en su desnudez terrígena. Me impresiona la forma hallada por el poeta para expresar tiernamente su parentesco con la raza:

“Abuelo Flores Azules de la Papa, Abuelo Adobe,  
Abuelo Barriga del Venado.  
“Moja este blanco sol, Abuelo Lluvia”.  
Mientras la tierra engorda”.

Entre el Embarcadero de San Nicolás y Este Gran Mar es la composición de calidad que le sigue a la Crónica de Chapi, 1965.

La dualidad temática y la técnica conseguida, lo mismo que las imá-

(Pasá a la página 7)

## Dos Viejos Pánicos

Virgilio Piñera. PREMIO  
CASA DE LAS AMERICAS,  
1968, 76 páginas, La  
Habana, Cuba.

La rama de Teatro del certamen Casa de las Américas, este año vuelve a enriquecer el patrimonio exiguo del teatro latinoamericano. Anteriormente nos había ofrecido obras estupendas. Basta citar LA NOCHE DE LOS ASESINOS, de Triana. Ahora nos obsequia la obra maestra de Virgilio Piñera, DOS VIEJOS

PANICOS. El jurado dictaminó a favor de esta pieza subrayando la calidad y dominio de la difícil técnica escénica. La asimilación de lo mejor de Pinter, Beckett, Albee y Ionesco. Le agregaríamos, la técnica del excelente Jean Genet.

Esta breve obra maestra escrita en dos actos, nos ha deslumbrado y nos ha hundido en el desconcierto. La sobriedad expresiva animada por un subterráneo impulso trágico, nos agarra desde que se inicia el diálogo. Nos imaginamos viendo absortos en la escena las dos magras figuras sexagenarias, subsumidas en el baño amortecido de los reflectores, que a manera de atmósfera espiritual objetiva el destino de esos dos viejos sin esperanza. No cabe duda, Dos Viejos Pánicos, expresa descarnadamente, expresionistamente —sin exageración— el caso típico de muchísimos personajes acabados por la voracidad de una sociedad alienadora de los elementos más humanos del hombre. Son criaturas verdaderamente esperpénticas. Guinapos que juegan a la muerte, en el umbral de la muerte. Ficción portentosa y sacudidora de nuestros nervios que, excesivamente compulsados por el curso

de los acontecimientos, esperan en vano explotar en puro frenesí.

Tota es una vieja fantasmagórica. Dualidad excesivamente funambulesca e imaginativa, que juega con sus propios sentimientos para huir de sus huesos, de su espectral presencia. Tabo, el personaje arquetípico de la inseguridad y el tedio, que se desdobra para autocontemplarse como un nuevo Chaplin.

El primer acto, es redondo. Cerrado con la precisión de una nuez. La agilidad del diálogo nervioso y eficaz es muestra de la soltura e intensidad de las escenas. El lector está poseído por la palpación de una angustia que nace por la identificación con ambos viejos. El juego se desenvuelve con naturalidad. Hasta los momentos de agudo sadismo, pasan demasiado rápidos, por la vivacidad del juego escénico.

El segundo acto eleva hasta el clímax la movilidad en dos planos de la participación escénica de los personajes. Desdoblamientos que infringen la simple caracterización para otorgar en su intensidad conflictiva la psicología neurótica de ambos viejos que necesitan el sustitutivo del juego, para desenredarse de la opresión conciente de

la cercanía de la tumba. El juego de ambos personajes con su truculencia y sadismo, es pura evasión instintiva que racionaliza la muerte. Es fantasmagoría, teología del presentimiento, de la congoja visceral, que se trasmuta en fantástico recurso, para hallar la máscara, las máscaras que necesitan, ya que no otra cosa, son esos seres inventados por los viejos, que ilusoriamente vienen de la memoria para revestir la expiación de faltas o pecados hechos por ellos en un determinado momento de sus vidas. El juego escénico de este segundo acto, explota hasta el máximo la pasión contenida de estas dos criaturas desamparadas, que se refugian en un doble juego existencial para sobrevivir.

Conocer obras de esta calidad, nos llena de esperanzas por el futuro del teatro latinoamericano que, con algunas excepciones, ha sido mediocre.

Virgilio Piñera en Dos Viejos Pánicos, nos ofrece con largueza su talento de excepcional dramaturgo, y nos invita a releer hasta aprenderla de memoria, esta breve, intensa pieza, que coloca a la actual dramaturgia continental, a la altura del mejor teatro europeo y de vanguardia.

## DE LA VIDA Y LA PALABRA

*La historia integral y concreta de un pueblo influye en su lenguaje. Podemos darnos cuenta de que al cambiar las condiciones reales en la vida de los pueblos, también su idioma tiende a definirse más. ¿Qué sucede sino cambios de calidades en ambas esferas: en la de las relaciones materiales y en la propia del idioma? Quienes no hablan con el mismo ritmo del desarrollo se quedan hablando en el vacío, es decir, valiéndose de un lenguaje que no es sino envoltura desarraigada de contenido. ¿Por qué no funcionan ahora ciertos modos de expresión de algunos literatos que hace solo tres o dos décadas funcionaban? El caso no es el de hablar hoy día como solía hacerse 20 años atrás, sino el de hablar como la vida lo exige a partir de hoy. Para ello se necesita sin duda ser sensible a los cambios que se operan en la vida, y a los cuales la palabra está obligada a coadyuvar en la medida de sus posibilidades. Los escritores que mejor ayudan a cambiar el idioma son los que están inmersos en la realidad y captan la perspectiva de la evolución. Los que no meten las entendederas en el torrente de lo nuevo, o lo que se avizora como tal, se quedan hablando como se hablaba en tiempos ya idos. Si el cerebro se les inmovilizó también inmovilizaron su idioma. Mover el pensamiento al compás de la vida es dialéctico, lo contrario es idealismo. El escritor que se mantiene dentro de viejos modos de expresión rinde culto al fetichismo de la palabra-cadáver.*

TIRSO CANALES

### CANTO CEREMONIAL . . . (Viene de la página . . .)

genes de este poema son atrevidas y auténticos hallazgos. In Memoriam, pudo ser un excelente poema, si su autor hubiese logrado mantener el sostenimiento lírico de los primeros 20 versos. Las alusiones y los símbolos convierten los versos finales en una composición abocetada, donde se advierte el malogro. Kensington, fuera a los valores expresivos externos, no me convence nada. Lo mismo El

Arco Iris, con excepción de los siguientes versos: "Cuando estaba en el baño vi los 7 colores —más o menos— desde un ojo de buey, y a pesar del gran frío corrí hasta la baranda". El poema se cae por la utilización arbitraria de muchos símbolos que no comunican líricamente su significado.

A Una Dama Muerta, me parece malo. Muy premeditado. Muy traído del pelo. Dos Soledades, se salvan. El primero titulado HAMPTON COURT, tiene imágenes preciosas:

"Y en este patio, solo como un hongo, adónde he de mirar.

Los animales de piedra tienen los ojos abiertos sobre la presa enemiga".

Y estas otras:

"—las quillas de los barcos se pudren en la arena—"  
"Por las 10.000 ventanas de los muros se escapan el león y el unicornio".

El segundo: París, es mejor. Está hasta cierto punto logrado. Tiene fuerza y sugerencias hermosas.

Medir y Pesar las Diferencias a Este Lado del Canal, lo encuentro muy alevoso. Intencionalmente construido a pura inteligencia y celadas para deslambiar Fuera de su significación conceptual, y la belleza de algunos versos: "El aire es negro, susceptible de pensarse y ser trozado" "y que atrás de las últimas colinas sólo se agitan el Caos, el Mar de los Sargazos", es un poema malo.

La sección segunda que aparece con el subtítulo de ANIMALES DOMESTICOS, nos regala algunas sorpresas como Soy el Favorito de mis 4 Abuelos. Poema que se le cae al autor cuando no logró imprimirle mayor poesía a los elementos empleados. En cuanto a Poema Sobre Jonás y los Desalienados, reviste el verso

una ocultación simbólica que no desemboca más que en la fuerza externa del verso. El "Apéndice del Poema Sobre Jonás y los Desalienados", aunque continúa con igual oscuridad, la atención nos descubre un ondeo lírico subyacente que explora la ironía. Lástima que el simbolismo alegórico hermetice el poema. Entre los Cangrejos Muertos ha Muchos Días, me parece un poema mediocre. Y Me Alejé Unos 30 Kilómetros de la Costa, es de singular belleza. Por su terso lirismo me recuerda a Seferis. Composición redonda. La Araña Cuelga Demasiado Lejos de la Tierra es aceptable. La dualidad usada por el autor para crear la estructura en dos planos de la composición, vuelve los versos muy interesantes. El poeta pudo haber desarrollado mejor este poema.

La Sección III, la cierra el extraordinario poema Crónica de

Chapi, 1965. La lectura de esta pieza maestra de Cisneros, revela la calidad de poeta que hay en el autor de Canto Ceremonial Contra un Oso Hormiguero. Desde el primer verso, el dominio, tono y sostenimiento lírico se desenvuelven rigurosamente expresados

y mantenidos. Hay versos de una factura impecable en profundidad y técnica: "Los guerrilleros entieñan sus latas de pescado, recogen su fusil, callan, caminan". Estos versos están animados por lo visual, lo cinético y lo conceptual. Lo mismo muchísimos versos son excelentes hallazgos de poesía trascendental.

A manera de síntesis. Creo sinceramente que "Canto Ceremonial Contra un Oso Hormiguero" es un buen libro. Hay riqueza inventiva y de expresión. Sin embargo, podríamos explicar el juicio de no tener la altura de Poesía de Paso, Premio de 1966 Hasta ahora Enrique Lihn es el que ha ofrecido la mejor poesía galardonada.—R. Armijo.

### LA PAJARA PINTA

#### RESPONSABLES

Italo López Vallecillos

Manlio Argueta

Tirso Canales

José Roberto Cea

Editorial Universitaria 5a. Calle Ote.  
220, San Salvador, El Salvador, C. A.

### COMPRE LAS PUBLICACIONES DE

## EDITORIAL UNIVERSITARIA

LOS ANGELES, 4ª Av. Nte. y 3ª Calle Ote. Tel. 21-8208.

MINERVA, 4ª Av. Nte. N° 218 Teléfono 21-5623.

LATINOAMERICANA, 4ª Av. Nte. N° 210 Tel. 21-7136.

ERCILLA, 4ª Av. Nte. N° 119 Teléfono 21-4584.

ESCOLAR, Calle Delgado N° 332 Teléfono 21-5942.

CLARIDAD, 6ª Av. Nte. N° 137 Teléfono 21-2110.

EL ARABE, Av. España frente al Correo Teléfono 21-3640.

CULTURAL SALVADOREÑA, 6ª Calle Oriente N° 118  
Teléfono 21-7206 — 21-5415.

CERVANTES, 4ª Av. Sur N° 110 Teléfono 21-4122.

UNIVERSITARIA, Ciudad Universitaria Teléfono 25-7049  
— 25-8445.

DISTRIBUIDORA SALVADOREÑA, Av. España N° 344  
Teléfono 21-3438.

LIBRERIA PIPIL, Calle Arce.

TOBYCENTRO, 6ª Av. Nte. N° 167 Teléfono 21-8151.

CAFETERIA EL BAMBI, 2ª Av. Nte. y 7ª Calle Oriente  
Teléfono 21-4067.

### FORME SU BIBLIOTECA CON BUENOS LIBROS

Llame a EDITORIAL UNIVERSITARIA hoy mismo y gustosamente le atenderemos a domicilio

5ª Calle Oriente 220 — Teléfono 21-3547.  
San Salvador.

Un Cuento de Italo López Vallecillos

# Monique

Mentía. Siempre era igual. Desde hacía varios meses Monique se comportaba de manera distinta. No sé si fue desde la noche en que cenamos juntos en casa de los Fernández, o dos días antes en que estuvimos en el lago con Julio Rodolfo. Lo evidente es que ella, tan cariñosa conmigo, se había tornado un mar de frialdad. No era ya lo mismo. Cuando estábamos en la cama, antes de desvestirnos, al hablar de las cosas de la semana, yo notaba ese inconfundible dejo de hipocresía que brotaba de sus labios. Sus palabras que acompañaban a sus modales, antes para mí tan llenas de contenido, me resultaban ahora sutiles, caprichosas. Como dichas para engañarme, para mantener la ilusión de un amor que si no moría era porque los celos lo mantenían vivo. Ibamos al cinematógrafo en compañía de amigos. Y tras mis espaldas me parecía que Monique sonreía con alguien. No sé con quien. Era una intuición. Un conocimiento puro. El deterioro era cada vez mayor. Me dolían intensamente estos pensamientos. Recordaba los meses del verano del año 58, allá en las playas de San Diego. Cómo se había iniciado nuestro amor a la sombra de las palmeras, mientras todos bailaban, bebían, o charlaban. Monique y yo tendidos sobre la arena. Ella casi descubierta, pues la blusa dejaba ver sus senos; yo no perdía oportunidad de estrecharla, de acercarla junto a mí. Luego las continuas reuniones en el Hotel St. Felipe los sábados por la tarde, con aquella puntualidad de dos relojes sincronizados. Eramos tan felices. Ella respetaba mi situación de hombre casado y yo la suya de mujer soltera. Jamás le pregunté de sus amoríos anteriores. Alguien me había asegurado que Monique fue entregada por su madre a un cónsul inglés cuando apenas tenía catorce años. Cosas que ella ocultaba, que no interesaba saber. No obstante, de tiempo atrás, me torturaba la idea de los hombres que la hubiesen poseído. Pensaba en la gente que nos rodeaba. Y una leve sospecha me conducía a Juan Mario, a Guillermo, a Daniel. Era como armar un rompecabezas o reconstruir de memoria un jarrón de porcelana que de pronto se hubiese hecho añicos, y uno no supiese por dónde empezar. Venían a la mente los días, los meses, los años que habíamos vivido juntos, más o menos con disimulo, sin causarnos penas, respetando cada quien la situación social, el qué dirán. Desoyendo la murmuración que al fin se acostumbró a vernos jun-



tos. Y una palabra, cualquier insinuación, el mínimo detalle me colocaba delante de sus ojos grises, de niebla pura, y me hacía pensar en el engaño, en la infidelidad. Monique tenía la delicadeza de mentir bien. "Le diré a mi madre que la modista no estaba; que fui de compras y no hallé lo que quería". Igual, pensaba, ha hecho conmigo durante todo este tiempo. Un pretexto cualquiera, una mentirilla piadosa como solía decir, y yo esperando en el hotel y ella sin llegar, quizá acostada con alguien en otra parte. Por la noche me la encontraba en casa de los Gamero, sonriente, coqueta. Me decía con aire displicente que había ido de compras. Yo recordaba las excusas a su madre. Sufría y trataba de comprobar todo al instante. Monique me traía loco por ese entonces. Si me hubiese pedido que me casase con ella, lo habría hecho en el acto. Los amigos solían decir alguna frase con doble sentido referente a Monique y yo quedaba como entrampado, hecho un nudo de conjeturas. Sin duda es para que lo sepa, me decía a mí mismo. Y lo peor sin saber si todo era cierto. Un día alguien la llamó a mi teléfono. Era la voz de un hombre que se negaba dar sus señas. Colgó. Mi oído quiso identificar la voz por muchas semanas. Y todo imposible. Monique me engañaba, pero a mí no me bastaba intuirlo, casi saberlo; quería comprobarlo, verificar detalle por detalle. Es sucio, me dije, pero no puedo resistirlo. Debe

haber una lista. Desde el primero que la poseyó, pasando por mí, hasta los últimos. Su falta de puntualidad para llegar al hotel introducía la duda. Hacía densas las ideas. Lo volvía todo difícil. Se acumulaban los detalles: las joyas que yo no le había regalado, su aparente riqueza al vestir. "Debe ser un viejo rico, un degenerado. De otra manera ¿cómo puede ella gastar tanto?" Todo esto dentro de mi cabeza torturándome, golpeándome. Ya no era un muchacho, y sin embargo, aquel amor tardío significaba mucho para mi vanidad, para mi orgullo. De buena gana deseaba que nadie la admirara, que nadie osara decir nada de nuestras relaciones. Los celos me hacían pasar horas de penosa crueldad. Trataba de ser más galante con ella. La sacaba a pasear los domingos al lago. Le compraba cosas que no necesitaba. Y ella fría, sin duda, pensando en sus otros amantes. Una noche decidí enfrentarme a la verdad. Hablé con la sirvienta de su casa. La soborné. Me contó de los amores de la madre con un tal Vega, abogado de una firma conocida. De Monique sólo sabía que una madrugada llegó acompañada de Daniel. Ambos habían bebido. Yo traté de establecer la fecha. Se trataba de un lunes de la semana de resurrección. Habíamos quedado de vernos frente al hotel. Iríamos al cine a ver una película de la Taylor con Burton. No apareció. Dijo que se había indispuerto. Bonita manera de mentir. Estaba seguro, entonces, que Daniel era

uno de los favoritos. Después la idea se disipó al enterarme que éste no podía verla, le disgustaba su charla. Quedaba Julio Rodolfo, pero siendo tan amigos, en más de una ocasión él me lo habría contado. Sobre todo, después que lo embriagué hasta dejarlo en su casa, ya sin secretos que ocultar. Nunca sabré la verdad. ¿Me engañaba o no me engañaba? No lo sé. Lo mejor era preguntárselo. Ir directamente al grano. Así lo hice. Lloró mucho. Negó todo y me reprochó tuviese tales pensamientos. Las joyas se las había dado su madre y las ropas las debía a la costurera. Me conmovió su rostro frente al espejo. Me levanté de la cama y fui hacia ella con mimos, con caricias. Le pedí perdón. Y otra vez me sentí feliz. Fue dura prueba para mí. ¿Y las llamadas por teléfono?, pensé. Monique se había ido para su casa. Reflexioné un poco; aún me quedaban dudas. A la mañana siguiente encontré a Monique con Hugo en el aeropuerto. Me oculté para que no me viese. Iban riéndose tomados de la mano. Vaya, dije, con Hugo es la cosa y yo perdido en averiguar detalles de Julio Rodolfo, de Daniel. Los seguí en un taxi. Llovía en la ciudad y pronto se me perdieron. Pasé un día doloroso. Por la tarde habíamos quedado de vernos. No vendrá jamás, pensé; y me fui a esperarla al Hotel St. Felipe. Llegó puntual, risueña. Subimos al apartamento. "¿Por qué estás tan callado?", inquirió. "Por nada", dije, con ánimo de intrigarla. Se desnudó. Me desnudé. Toda ella olía a esa rica loción francesa que le había regalado en las navidades. Nos hicimos el amor como en los días pasados. Tuve miedo de perderla y no pregunté nada sobre Hugo. Fue ella, entonces, la que me contó de golpe: "te vi en el aeropuerto. Eres un tonto escondiéndote de esa manera. Parecías un chiquillo. Bien sabes que Hugo es mi primo..." "Sí, lo sé", murmuré pensativo. Y agregué: "¿Cuánto hace que él está aquí?" "Seis meses", contestó Monique. Y empecé de memoria a revisar, a ordenar las cosas que habían transcurrido en ese lapso. Todo podía ser. No supe nunca si Monique me engañaba o no. Lo cierto es que los celos me convertían en un guiñapo. Andaba de arriba a abajo con las ideas atravesadas. Todo se perdía en una densa bruma, a medida que pensaba en ella, en las posibles coincidencias. Monique desapareció un día de mi vida. Ahora todo tiene el carácter de una breve historia inconclusa.

